

ARGUMENTO INTERESANTE

RELIGIÓN

Y PATRIA

POR

UN ECUATORIANO EN ESPAÑA



MADRID

6641—IMPRESA GABRIEL LÓPEZ DEL HORNO  
San Bernardo, 92. Teléfono 1922.

1906

# ARGUMENTO INTERESANTE

# ARGUMENTO INTERESANTE

---

Con este epígrafe ha publicado *Un peruano en España*, en el número 1.951 de *El Universo* de Madrid, que he visto muy tarde, una notable relación acerca de las misiones de los beneméritos Padres Dominicos españoles en las regiones orientales de la República del Perú.

Al parecer, el escritor peruano quiere concretarse únicamente á la defensa de las Comunidades religiosas, por desgracia tan perseguidas en nuestro siglo, pero de tanta utilidad para la Iglesia y la sociedad en todo tiempo. Mas como es del dominio público que la cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú, está sometida al laudo arbitral de S. M. el Rey Alfonso XIII, y ese artículo pudiera hacer creer que sólo el Perú ha tenido ó tiene misiones en la zona inmensa del territorio que disputa al Ecuador, y, aún más, para apoyar y dilucidar con mayor fuerza de razones el mismo *Argumento interesante del Peruano en España*, hacemos la siguiente exposición.

Sabido es que en el primer tercio del siglo xvi existía en América un vastísimo imperio, poderoso, rico y civilizado, que se extendía desde la frontera de la actual República de Colombia hasta Chile, y cuyo

Señor, el Inca Atahualpa, rey de Quito, lo dominaba con poder absoluto, en parte, y, en parte, con sujeción á las leyes justas y sabias que había recibido de sus antepasados.

Descubiertos Méjico, las Antillas y Panamá, los Pizarros, avanzando por la costa del Pacífico, con audacia sobrehumana é inconcebible rapidez, prendieron, encarcelaron y sentenciaron á muerte al desdichado Atahualpa, y luego sentaron su mano de hierro en el más rico, floreciente y civilizado imperio que había existido en las Indias.

Entonces, comenzando con Fray Bartolomé de Las Casas, quien obtuvo del Emperador Carlos V la Real Cédula que autorizara á Pizarro y Almagro la conquista del mar del Sur, en donde se hallan ahora las Repúblicas del Pacífico, y con Fray Vicente Valverde, primer Obispo de aquellas regiones, Dominicos y Franciscanos fueron los primeros que llevaron allá la luz del Evangelio y los consuelos de la religión. A la par que los Conquistadores, desenvainando su invencible espada, desbarataban el reinado de los Incas y establecían el trono de Castilla, aquellos religiosos, con celo extraordinario y pecho apostólico, levantaban glorioso, en la sublime altura de los Andes, el estandarte de la Cruz, divina insignia de otra vida mejor y de un imperio sempiterno.

Dueño del imperio del rey de Quito, Francisco Pizarro lo dividió en dos Gobiernos: el del actual Perú, que lo retuvo para sí, y el de Quito, que lo cedió á su hermano Gonzalo.

S. M. C. el Rey Carlos V confirmó esta división, dando al Perú los siguientes límites:

«Tenga por distrito la costa que hay desde dicha  
»ciudad (Lima) hasta el Puerto de Paita inclusive; y  
»por la tierra adentro á San Miguel de Piura, Caja-  
»marca, Chachapoyas, Moyobamba y Motilones inclu-  
»sive y hasta el Collao exclusive...» *Recopilación de  
Indias*, tit. XV, lib. II, l. V.

De esta manera quedó redondeado, oficial y jurídicamente, el marco territorial de lo que fué Real Audiencia de Lima, ahora República del Perú.

A Quito se le dieron los límites de su Real Audiencia en relativa armonía con los de la Audiencia de Lima, y son los que siguen, tomados de la misma *Recopilación de Indias*, tít. XV, lib. II, l. X.

«Tenga por distrito la Provincia de Quito, por la  
»costa hacia la parte de la ciudad de los Reyes, hasta  
»el Puerto de Paita exclusive, y por la tierra adentro  
»hasta Piura, Cajamarca, Chachapoyas, Moyobamba  
»y Motilones exclusive, incluyendo hacia la parte su-  
»sodicha los pueblos de Jaén, Valladolid... con todos  
»los demás pueblos que estuvieren en sus comarcas y  
»se poblaren; y hacia la parte de los pueblos de la Ca-  
»nela y Quijos, tenga los dichos pueblos *con los demás  
que se descubrieren*, y por la costa hacia Panamá hasta  
»el puerto de Buenaventura inclusive... con la cual  
»(Audiencia de Nueva Granada) y con la Tierra Firme  
»parte términos por el Septentrión, y con la de los Re-  
»yes por el mediodía, teniendo al poniente la mar del  
»sur y *al levante provincias no pacificadas ni descu-  
biertas.*»

Quito, en virtud de la autorización dada por esta Real Cédula, para descubrir provincias no pacificadas ni descubiertas de Levante, descubrió y pacificó, me-

dian­te sus misioneros, innumerables pueblos y dilata­das regiones, habitadas por tribus nómadas, polígamas y antropófagas, de diferente lengua y de salvajes costumbres, que vagaban libres, como el tapir de su bosque, y feroces, como el tigre de su montaña, en las inmensas comarcas bañadas por las aguas del caudaloso Ucayali, del poético Napo, del serpeado Putumayo, del mortífero Yapurá y de otros mil y mil grandísimos ríos que, á uno y otro lado, cual humildes vasallos, entregan su tributo al soberbio monarca de los ríos del mundo, al oceánico Amazonas.

Bien conocida es la historia del famoso viaje de Francisco de Orellana, emprendido desde Quito el año de 1541 á la provincia de los Quijos, de donde bajó por el río Napo á descubrir el Amazonas; y, después de mil aventuras y heroicos combates, salió al Atlántico, y llegó, por fin, á playas europeas. Pero es menos conocido otro viaje, tan audaz como el anterior, verificado por el Capitán Juan de Salinas el año de 1557, de Loja, provincia de Quito, para explorar, á uno y otro lado, la inmensa zona superior del río Amazonas. Salinas anduvo por los ríos Marañón, Morona, Pastaza, Guallaga y Ucayali, con tantos peligros como Orellana en el Amazonas; atravesó la dilatadísima Pampa del Sacramento, hasta internarse en los más altos pajonales y llegar á las regiones situadas al Oriente del Cuzco, cerca del río Madre de Dios, frontera de la actual República de Bolivia.

Ambos viajes, emprendidos por los dos intrépidos capitanes, Orellana y Salinas, en cuya compañía no faltaron religiosos, fueron verificados con auxilios materiales y apoyo moral del Gobierno de Quito; y sir-

vieron, no sólo para explorar la extensión territorial de esas ilimitadas y riquísimas comarcas, y para conocer la infinidad de naciones salvajes hasta entonces desconocidas, sino también para excitar y mover el celo ardiente de numerosos, ilustres y santos religiosos del mismo Gobierno, que, al andar de los tiempos, se internaron en todas esas regiones hasta sus más dilatados confines, llevaron la luz del Evangelio á todas esas gentes, les enseñaron la práctica de las virtudes cristianas, y, por fin, sellaron con su sangre la verdad y divinidad de la doctrina que predicaban, obteniendo muchos de ellos la gloriosa palma del martirio.

Una vez establecido el Gobierno de Quito, creada su Real Audiencia, señalados sus límites, con la Real Cédula que hemos citado, y reconocida su entidad política por el Soberano, entre las demás que había formado en la América conquistada, á Quito le cabe la gloria de haber sido la primera provincia que se ocupó, con grande interés, en la conversión de los salvajes de la región amazónica; de Quito salió en diferentes épocas una numerosa falange de misioneros, para difundir la luz del Evangelio en esas desconocidas y misteriosas provincias de Levante. Desde Quito se organizaron varios gobiernos, el de Moquegua y Sucumbios en los ríos Putumayo y Yapurá, el de Quijos en el Napo y Curaray, el de Canelos en el Bobonaza y en el Pastaza, el de Macas en el Morona, en el Upano y en el Santiago, el de Mainas en el Marañón, en el Guallaga y en el Ucayali, región inmensa, en donde los Apóstoles del Evangelio conquistaron á innumerables naciones y á tribus completamente salvajes, obligándoles á reducirse á poblaciones regulares, en donde

vivían adorando al verdadero Dios, é invocando con amor y veneración el augusto nombre de los Católicos Reyes de España. El Gobierno eclesiástico y político de Quito, autorizado por el Soberano, y la sociedad toda de esta provincia, emplearon grandes caudales é hicieron valer sus mejores energías durante más de trescientos años, en las ardientes y paradisíacas regiones que se extienden desde la falda de la cordillera de los Andes hasta las lejanas orillas del Atlántico, primero, y después hasta las fronteras del Brasil, y desde las cabeceras de los ríos Putumayo y Yapurá hasta los más altos afluentes del Ucayali y del Madre de Dios.

Los Padres Dominicos fueron los que, á favor de un Real rescripto, obtenido el año de 1553, fundaron las primeras misiones en las provincias de Quijos, Canelos y Macas, extendiéndolas en una zona tan grande, que comprendía unas sesenta leguas de longitud por cuarenta de latitud. Constan en los archivos de Quito los nombres de ilustres sacerdotes, que van pasando á la historia con respeto y veneración, rodeados de una aureola de religiosa piedad y de santo fervor, como los Padres Amaya, Quintana, Ochoa, Rosero, Reyes, Riofrio, Godoy, Noroña, Andosilla y otros muchos, que consagraron su vida á evangelizar las tribus del Napo, del Curaray, del Bobonaza, del Pastaza, de Huamboya y del Morona, situadas al lado oriental de la gran cordillera de los Andes, lugar en donde se quisieron también establecer al principio los conquistadores españoles, á causa de la increíble abundancia de oro que allí encontraron.

La persecución ó levantamiento de los bárbaros contra los españoles y misioneros, especialmente de la



indomable y feroz raza de los Jíbaros, hasta el punto de haber asesinado á millares de los primeros, destruyendo ciudades enteras muy pobladas, como Sevilla del Oro, Logroño, Mendoza y otras, obligó á los Dominicos á reducir su vasta obra, concretándola al territorio de la Canela ó de Canelos, comprendido entre el río Palora, que desemboca en el Pastaza, y el Curaray que va al Napo, misión que, con algunas interrupciones, la conservaron hasta el año de 1863. La dejaron durante veintitrés años, volviéndola á reasumir el año de 1886, en la que permanecen hasta nuestros días, en un inmenso campo de acción evangelizadora, que se dilata desde el río Curaray y Tigre hasta el Morona, y desde la cordillera hasta el Amazonas. Véase: Vacas Galindo, *Integridad territorial de la República del Ecuador*.

Después de los Dominicos, los Padres Franciscanos de Quito son los heroicos conquistadores del Oriente ecuatoriano, quienes trabajando por el bien de las almas y la gloria de Dios, y haciendo el sublime sacrificio de su vida hasta el martirio, convirtieron millares de salvajes y aseguraron el señorío de su patria en esas comarcas.

Por los años de 1632 y 1633, los Franciscanos comenzaron á establecer sus misiones en el territorio regado por los ríos Putumayo, Aguarico y Napo; años después, en 1647, teníanlas extendidas hasta el río Caquetá ó Yapurá, y el Padre Laureano Montesdoca las estableció también en el mismo año, en varias islas del Amazonas, entre la nación de los indios Omaguas.

Tan valerosos atletas de la Religión, entre mil pe-

ripecias y contrariedades, entre feroces persecuciones de parte de los salvajes, y el sacrificio de la propia vida de parte suya, sostuvieron las misiones sobredichas, en los siglos xvii y xviii hasta el tiempo de la emancipación americana.

Para formar sus misioneros los Franciscanos fundaron, expresamente con este objeto, un colegio en Pomasqui, lugar no lejos de la capital, el cual se trasladó después á la Recolectión de San Diego, convento situado en un extremo de la propia ciudad. De estos colegios salieron numerosos no menos que apostólicos misioneros, para evangelizar á las tribus salvajes del Napo, del Putumayo, del Caquetá, del Amazonas y aun del Ucayali y del Guallaga.

La misión de Mainas, ó sea de la región amazónica, fundada por los Jesuítas en el siglo xvii, fué la más célebre que se conoció en el antiguo Reino de Quito, y quizá en toda la América meridional. Los hijos de San Ignacio la establecieron y la sostuvieron con asombrosa actividad y heroico valor: no sólo derramando el sudor de su frente, sino también la sangre de sus venas, propagaron la luz del Evangelio, convirtieron numerosas naciones, obligándolas á vivir en sociedad, y fundaron muchísimas poblaciones hasta ahora existentes, cual vivo é imborrable testimonio de tan gloriosa labor.

De esta suerte conquistaron los Jesuítas, en favor del Reino de Quito y de la Corona de España, un territorio de una superficie más extensa que la de los imperios de Austria y Alemania reunidos.

Los más notables apóstoles de tan célebre misión son: su fundador, el Padre Lucas de la Cueva, que

consagró toda su vida, llena de actividad y de méritos, á la conversión de los infieles; el Padre Lucero que, por su ardiente celo, ha merecido ser comparado con San Francisco Javier; el Padre Samuel Fritz que, á una y otra orilla del Amazonas, consiguió reducir á la vida social á multitud de salvajes, hasta el punto de haber establecido más de treinta poblaciones; el Padre Enrique Richter, que avanzó desde el Amazonas hasta los más altos pajonales del río Ucayali, esto es, más de mil millas de distancia, y, después de un glorioso apostolado, mereció dar su sangre y su vida en testimonio de la verdad y divinidad de las doctrinas sagradas que predicara.

Duró la misión de Mainas ciento treinta años desde 1638 hasta 1768, año en que fueron expulsados los Jesuítas de la región amazónica; fueron ciento treinta y uno los misioneros que allá entraron desde Quito; y sus conquistas espirituales se dilataron, al principio, desde Borja, ó sea desde el término de la cordillera andina, hasta el río Negro, y después, hasta la frontera del Brasil; y desde Andoas, en el río Pastaza y la desembocadura del río Aguarico en el Napo, hasta los primeros afluentes del Ucayali y del Madre de Dios.

Distinguidos viajeros y sabios ilustres han dado valioso testimonio de la grandeza de esta misión. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en su *Relación Histórica* hablaron de ella y de su territorio, á S. M. el Rey de España; Lacondamine, Godín y Bouguer, los conocieron de cerca y los admiraron, pasando por medio de esa ardiente región. Todos los geógrafos, todos los historiadores, todos los sabios que han hablado, ó hablan, ó hablarán de la América meridional, tienen que

hacerlo con asombro de la inmensidad de ese territorio y de la grandiosa obra de los Jesuítas de Quito.

El Monarca español D. Carlos II, satisfecho de tan famosa misión, y recompensando al Reino de Quito y á sus apostólicos Jesuítas, por Real Cédula que llegó á Quito en 1689, declaró que: «Las Misiones y »reducciones del bajo y alto Ucayali, hasta los pajonales donde habían llegado las conquistas del Padre »Ricter, pertenecían á los Misioneros Jesuítas de »Quito.» (Vacas Galindo: *Colección de Documentos*, tomo I, pág. 502.)

Y al dar S. M. C. nombramiento de Gobernador y Capitán general á D. Mauricio Baca de Vega de estos territorios conquistados, bajo la jurisdicción de Quito, le dice:

«Os nombro, elijo y proveo por Gobernador y Capitán General de la dicha ciudad de San Francisco »de Borja... y de todas las demás Provincias, Ríos y »Naciones, donde los Religiosos de la Compañía de »Jesús estuvieren haciendo sus misiones...» (Alvarez Arteta: *La Cuestión de límites*, pág. 439.)

Mas las obras de Dios no tienen recompensa en la tierra, porque sólo la deben recibir en el cielo; por eso los Jesuítas fueron expulsados de estas sus queridas misiones el año de 1768.

Una vez expulsados los Jesuítas, sucediéronles Clérigos y Franciscanos de Quito, hasta el tiempo de la independencia americana. Después los mismos Clérigos, Franciscanos y Dominicos, siguieron sosteniendo las misiones, hasta mediados del siglo XIX, en el inmenso territorio del Oriente, á uno y otro lado del Amazonas.

Citaremos, entre muchos, únicamente al Ilustrísimo Sr. Obispo de Cuenca, en el Ecuador, Fray Manuel Plaza, Franciscano, que el año de 1853, después de haber recorrido evangelizando la comarca del Amazonas en el año anterior de 1852, daba testimonio de sí mismo con estas palabras: «Nadie en el Ecuador »posee un conocimiento práctico de esos terrenos mejor que yo, *que he permanecido cincuenta años por allá.*» (*La Integridad Territorial de la República del Ecuador*, pág. 364.)

Muchos son los autores que han escrito acerca de las misiones de la región oriental del antiguo Reino de Quito, hoy República del Ecuador, para manifestar la admirable obra apostólica de los misioneros de las distintas Órdenes religiosas, que tanta gloria han dado á la Iglesia y á España, no menos que á las Repúblicas latino-americanas. Al propio tiempo que, en la actual contienda de límites entre el Ecuador y el Perú, comprueban esos escritores que el territorio en referencia pertenece evidentemente á la primera de estas Repúblicas. Sólo nombraremos las obras siguientes: Velasco, *Historia del Reino de Quito*; Rodríguez, *El Marañón y Amazonas*; Chantre Herrera, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*; Ilmo. Sr. Federico González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*; Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*; Compte, *Varones ilustres de la Orden de San Francisco en el Ecuador*; *Voyage d'exploration d'un Missionnaire Dominicain.*

En la segunda mitad del siglo XIX fueron atendidas las misiones, de preferencia, por el inmortal García Moreno, quien, unido á la Autoridad eclesiástica del

Ecuador, y con el respectivo permiso de la Santa Sede, entrególas á los activos é incansables Jesuítas el año de 1863. Fué el Vicario Apostólico de esta misión el R. P. Justo Pérez.

Después, atendida la inmensidad de la región oriental, y considerando que no era posible que sólo los Jesuítas pudieran evangelizar tan vasta comarca, el Presidente, Sr. Caamaño, en 1886 pidió á la Santa Sede y obtuvo de ella erigir cuatro Prefecturas apostólicas, entregándolas, la primera, á los Jesuítas, desde el Putumayo hasta el Curaray y Napo; la segunda, á los Dominicanos, desde el Curaray y Napo hasta el Morona; la tercera y cuarta, á Salesianos de la Congregación de Don Bosco y á Franciscanos, respectivamente, desde el Morona hasta el Chinchipe.

Florecientes hallábanse estas misiones hasta el año de 1895. Los Jesuítas, debido á su permanencia más larga y á su mayor estabilidad, llevaron al Napo monjas del Buen Pastor del Convento de Quito, perteneciente á esta Congregación, y fundaron numerosas escuelas para niños y niñas en diversas poblaciones; prosperaban admirablemente bajo la acción benéfica del catolicismo y de los religiosos, la enseñanza, la moralidad y la civilización, en medio de gente antes completamente salvaje. Mas los malos empleados de un gobierno que quiso romper sus relaciones con la Santa Sede, expulsaron á Jesuítas y monjas de la referida misión en el citado año. Era de verse cómo treinta niñas de las internas creadas en el Colegio por las monjas, dejaron voluntariamente su terruño, su salvaje familia y sus bosques seculares para seguir con lágrimas en los ojos á sus ejemplares maestras é irse

con ellas á Quito, á su convento, en donde permanecen hasta ahora, algunas de esas niñas indias.

Los Franciscanos fueron privados de sus rentas por el mismo gobierno, y por falta de recursos abandonaron la misión.

Mas Salesianos y Dominicos, luchando á sol y sombra con heroica constancia, han sostenido hasta ahora sus respectivas Prefecturas apostólicas. Los Salesianos extienden su acción benéfica aún al territorio abandonado por los Franciscanos y tienen cerca del río Santiago un colegio de niñas dirigido por monjas de la Congregación de María Auxiliadora.

No ha quedado tampoco abandonada completamente la misión de los Jesuítas porque van desde Quito enviados por la Autoridad eclesiástica, varios sacerdotes seculares á administrar los Sacramentos y á evangelizar á esa pobre gente que tanta necesidad tiene del sacerdote católico.

En las misiones de nuestros días, de las que acabamos de hablar, los Jesuítas, con el R. P. Justo Pérez de Superior, han empleado treinta y dos misioneros, desde 1863 hasta 1895, y los Dominicos, treinta misioneros, desde 1886 hasta el presente año de 1906, siendo su primer Prefecto apostólico el R. P. José María Magalli, y el Prefecto apostólico de los Salesianos el reverendo Padre Santiago Matana. Puede consultarse *La Integridad Territorial de la República del Ecuador*, del R. P. Fr. Enrique Vacas Galindo, capítulo duodécimo.

Confirmando, por consiguiente, el *Argumento interesante*, de *Un Peruano en España*, acerca del imponderable valor de las Ordenes religiosas por sus incal-

culables servicios prestados á la Iglesia y á la sociedad, aclaramos, con el objeto de sostener el recto é ilustrado criterio de los lectores de *El Universo*, que los Dominicanos españoles consagran actualmente su vida heroica al sagrado ministerio en las regiones orientales del Cuzco, cerca de los límites del Perú con la República de Bolivia. Mas los antiguos misioneros ecuatorianos ejercieron el propio ministerio á uno y otro lado del Amazonas, hasta mediados del siglo XIX, en ese territorio que ellos conquistaron para su rey y para su patria. Y los actuales misioneros de Quito, defendiendo con firmeza y valor su territorio de los avances diarios y recientes del Perú, enseñan á los salvajes la ley divina de Jesucristo y sostienen el señorío de su República, desde la cordillera de los Andes hasta las ardientes márgenes del Amazonas.

### UN ECUATORIANO EN ESPAÑA.

Sevilla, Agosto de 1906.